El Ideal del Cristiano

por el M. I. Sr. Dr.

DON BERNARDO ASENSI CUBELLS

Apóstol de la vida interior

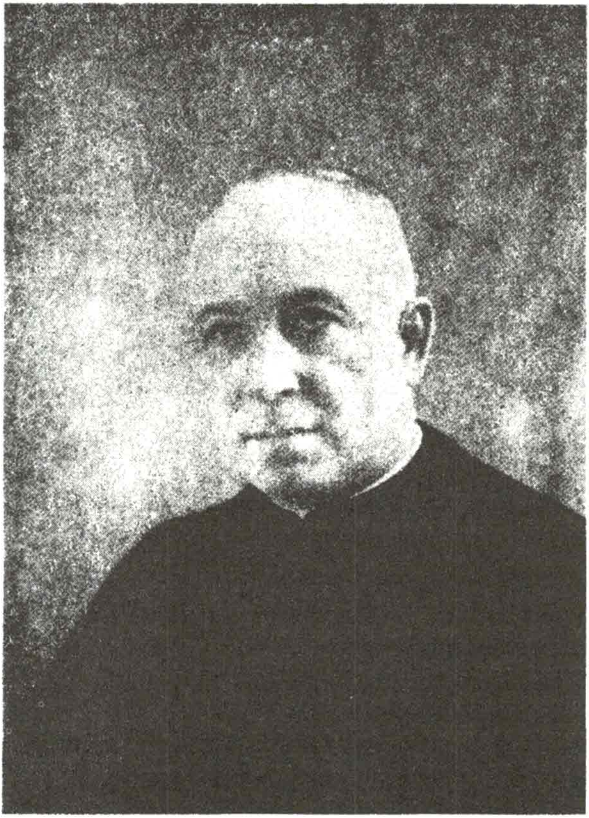
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

Nihil obstat:
Dr. VICENTE GARRIDO PASTOR,
Censor

Imprimatur:
JESUS PLA,
Vicario General

Por mandato de S. S. Ilma.
Dr. J. RICHART,
Canciller Secretario
Valencia, 8 de octubre de 1969

D. L.: M-31984-1980
I.S.B.N.: 84-371-1346-6
Printed in Spain
Impreso en España por G.M.S. IBERICA, S.A.
c/ Poblet, 19-21, entlo. 5.ª - 08028 Barcelona



Muy Ilustre Señor Doctor

D. BERNARDO ASENSI CUBELLS

Apóstol de la vida interior

Valencia, 7 de Agosto de 1980

XVIII Aniversario de su Santa Muerte

PROLOGO

PROLOGO

Amado lector: Jesús, único, sumo y eterno sacerdote, se aplicó a Sí mismo, en la Sinagoga de Nazaret, aquellas palabras de Isaías (61, 1-2): "El Espíritu del Señor sobre Mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la buena nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor."

San Pedro, testigo fiel de la vida de Jesús, la resumirá con estas palabras: "Cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo El pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con El." (Hechos, X, 38.)

Al poner en tus manos un nuevo libro del sacerdote DON BERNARDO ASENSI CUBELLS, al conocer nuevos datos de su vida sacerdotal y oír los testimonios de los mismos interesados, queda uno agradecido y admirado al ver la acción del Espíritu Santo en su alma y su fidelidad personal y apostólica.

Fue inmensa su entrega a toda clase de almas seglares, religiosas y sacerdotales, fue profunda su acción

operando transformaciones maravillosas en las almas. En sus innumerables tandas de ejercicios, en sus largas horas de confesonario, en sus pacientes consultas y visitas —aún con peligro de su vida durante la guerra civil española—, dejaba en el alma hambre de Dios, perdón de los pecados, alegría espiritual, solución de problemas humanos, ayuda económica y paz en familias y comunidades.

No pocas personas me han comunicado que gracias a sus prudentes consejos y a su conocimiento de espíritus, evitaron el caer en la desesperación, el suicidio o terminar en un manicomio.

¡Cuántos sacerdotes y almas consagradas deben su vocación y perseverancia a su santa dirección! ¡Cuántos seglares van por caminos de perfección recordando su doctrina!

Don Bernardo Asensi pasó haciendo el bien a todos como perfecto imitador de Cristo Sacerdote. Cumplió muy bien la consigna que su tío, don Antonio Asensi —canónigo de Segorbe y ejemplar modelo de caridad—, le recordó en el sermón de su primera misa: "Acuérdate, nuevo sacerdote que hemos de pasar haciendo el bien como lo hizo Jesucristo."

Pero no..., don Bernardo sigue haciendo el bien no sólo por su recuerdo, sino a través de sus escritos.

Hace un año se publicó su libro "Espíritu Sacerdotal", tomado de sus libretas personales de apuntes espirituales y de sus esquemas de retiros y ejercicios. Muy apto para sacerdotes y religiosos. Unos meses más tarde salió a la luz pública su libro "Cartas Espiri-

tuales", entresacado de su abundante correspondencia con las almas dirigidas, a quienes confirmó y perfeccionó en la vocación o vida cristiana. Oportunísimo para religiosas y almas piadosas. Ahora ofrecemos a todos, pero especialmente a los seglares y laicos, un precioso opúsculo manuscrito a lápiz encontrado entre sus papeles y titulado por él mismo "Ideal del Cristiano".

Lleva el sello no solo de su caligrafía, sino de su piedad y unción, de su sencillez y claridad. La profundidad de las verdades teológicas expuestas no es obstáculo en él para una declaración evangélica y clara al alcance de todas las inteligencias, ni impide el estímulo a las más altas cumbres de la santidad, a la que está obligado todo cristiano por voluntad de Dios y exigencia de su bautismo.

Por su lectura, querido amigo, verás cómo facilita la perfección cristiana, haciéndola consistir en el exacto cumplimiento de los deberes personales y profesionales con amor extraordinario a Dios y al prójimo por Dios.

Al leer este tratadito, "Ideal del Cristiano", se observa una perfecta consonancia entre su doctrina y la expuesta más tarde por el Concilio Vaticano II en sus decretos.

Plan Creador y salvífico de Dios, su Providencia admirable, elevación del hombre al plano sobrenatural por la gracia, vocación universal a la santidad, los sacramentos como medios para conseguirla; la Eucaristía como centro, cima y vida de la Iglesia; la renova-

ción interior en espíritu y verdad; el Espíritu Santo como alma de la Iglesia y María como Madre de la misma Iglesia y Modelo de cada una de las almas. Parece un preanuncio de la Constitución Dogmática de la Iglesia, de la Constitución Litúrgica y del Prebiterorum Ordinis. Don Bernardo falleció el 7 de agosto de 1962 y el Concilio comenzó, bajo el pontificado de Juan XXIII, el 11 de octubre de 1962. Bien podemos decir que don Bernardo fue un precursor del Concilio.

Que la lectura y meditación de este libro, "Ideal del Cristiano", te ayude a conseguir la santidad en medio del mundo y a formar una sociedad más humana, más cristiana y más divina según el corazón de Dios.

CAPITULO I

SOY CRISTIANO: DATE CUENTA, ¡OH CRISTIANO!, DE TU ALTISIMA DIGNIDAD.

Efectos del Bautismo.

SOY CRISTIANO

Soy cristiano por efecto del Santo Bautismo.

El día que tuve la dicha de recibir este Sacramento, ingresé en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, fundada por Jesucristo; sociedad divina que tiene por Jefe visible al Papa (Vicario de Jesucristo) y cuyos miembros son todos los bautizados.

Pero hay miembros de esta sociedad que son como las ramas secas de un árbol, por las cuales no circula la savia del mismo; son ramas muertas que sólo sirven para el fuego.

A fin de no ser rama seca en el árbol de la Iglesia, sino viva y con vida exhuberante, veamos los efectos del Bautismo en el alma que lo recibe.

EFECTOS DEL BAUTISMO

1.º Confiere la **gracia santificante.**

Borra el pecado original (que es la privación de esa misma gracia por haberla perdido nuestros primeros padres).

Perdona, además, en los adultos, todos los pecados que hubieren cometido antes del Bautismo y queda el

alma hermoseada a los ojos de Dios con la vestidura blanca de la gracia bautismal.

Juntamente con la gracia recibe el alma en el Bautismo las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, como si dijéramos el **germen de la santidad.**

Nadie nace santo; pero todos los cristianos hemos recibido igualmente en el Bautismo la semilla de santidad, que se desarrolla más o menos en cada alma, según el grado de cooperación del cristiano; o viene a perderse completamente en los que desconocen o desprecian el tesoro de gracia que recibieron. ¡Y son tantos!

¡Cuán errados andan, pues, los que creen que los santos son una generación especial, distinta de los demás mortales!

Son cristianos como los demás; que sienten, como todos, los efectos de la triste herencia de Adán: pasiones que se rebelan contra el espíritu, dificultades para el bien y torcidas inclinaciones hacia el mal; pero se consagraron muy seriamente durante su vida a cultivar la semilla de perfección que llevaban en su alma, y con esfuerzo y perseverancia consiguieron el fruto de santidad.

Todos podemos y debemos dar el fruto de la propia perfección, según el grado de santidad que Dios tenga señalado para cada uno en su plan divino.

2.º Otro efecto del Bautismo, muy apreciado de los primeros cristianos y muy olvidado en nuestros días, es que **Dios, Uno** y **Trino**, toma **posesión del alma** y mora **siempre** en ella mientras no esté en peca-

do mortal.

De aquí tomaron los primeros cristianos el calificativo de **portadores de Dios:** ¡tan preponderante era en ellos el sentimiento y aprecio de esta divina realidad!

Del padre de Orígenes (que después fue mártir: San Leónidas) se cuenta que todas las noches, antes de retirarse, se arrodillaba junto a la cuna de su hijo y con gran reverencia le besaba en el pecho, porque habitaba allí el Espíritu Santo.

¡Qué hermoso ejemplo de veneración y aprecio de los misterios de nuestra santa fe!

¿Aprecian los cristianos de hoy esta inhabitación de Dios en el alma?

¡Date cuenta, oh cristiano, de esta divina realidad! ¡Dios está siempre en tu alma si no tienes pecado mortal!

De aquí, el Apóstol San Pablo, instruyendo a los primeros cristianos, sacaba dos consecuencias:

a) "No apaguéis, les decía, el Espíritu en vuestras almas"; esto es: no arrojéis a Dios de vuestras almas.

b) "No contristéis a Dios que lleváis en vuestra alma."

Con las cuales palabras nos enseña el Apóstol que no basta poseer a Dios por la gracia, sino que hemos de evitar todo aquello que le contrista.

Se refiere aquí a las faltas leves voluntarias, que no despiden a Dios del alma, pero le desagradan y apenan.

¡Cuántos cristianos le tienen; pero le tienen des-

contento!

3.º Concede al nuevo cristiano el título de **Hijo de Dios** y **heredero del cielo.**

Por la gracia del Bautismo el cristiano entra a formar parte de la **familia divina,** viniendo a llamarse y a ser en verdad hijo de Dios.

Dios es mi Padre, me ama y cuida de mí con paternal Providencia.

Quiere que yo le sirva como hijo, no por temor, ni por mero interés; sino por amor y rebosando confianza.

¡Cuánto le apena la falta de este amor de confianza! Y, en cambio, tiene sus delicias en las almas que le sirven con espíritu de amor filial.

Si somos hijos, dice el Apóstol, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos de Jesucristo.

Pero este derecho a la herencia del cielo se pierde si el pecado arrebata la gracia.

Por eso... los que mueren en pecado mortal, por más méritos que hubieren atesorado durante su vida, no pueden heredar el cielo; porque el pecado, al despojarles de la gracia, les arrebató lastimosamente todos los méritos de su vida y, por consiguiente, el derecho a la herencia del cielo:

Pero si antes de la muerte el alma recobra por la penitencia la gracia santificante, adquiere de nuevo todos los méritos que había perdido y el derecho a la gloria.

4.º El Bautismo eleva al alma a un **plano sobrena-**

natural, donde queda constituida dichosamente en estado de merecer mientras viva en gracia y obre con recta intención.

De aquí se siguen para el cristianismo dos importantísimas consecuencias:

a) **Vivir siempre en gracia:** ya que en cuanto se pierde la gracia de Dios, se pierde el poder de merecer, y, por consiguiente, todo lo que hace el cristiano mientras permanece en pecado mortal está perdido para siempre.

Y nótese bien que aunque por la confesión se recobre la gracia santificante, no puede recobrarse el mérito de las obras buenas hechas en pecado mortal, porque tales obras no tienen mérito para el cielo; sólo pueden alcanzar la gracia de una buena confesión.

Lo que se hace en pecado mortal está perdido para siempre.

¡Qué pensamiento tan eficaz para mover al cristiano a conservar siempre su alma en gracia!

Ya que permaneciendo en este dichoso estado, lo mismo que hace y sufre, cumpliendo con su deber, todo aumenta sus méritos para el cielo.

Por eso decía el Apóstol: "Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios", pues estando en gracia todo sirve para merecer.

b) La segunda consecuencia es: **Ofrecer a Dios** todas las obras del día.

Supuesto que a la gracia santificante hemos de unir la recta intención, conviene formar ésta por la mañana, ofreciendo a Dios todas las oraciones, obras y sufrimientos del día.

De esta suerte se destierra la rutina en nuestros actos, se agrada más a Dios y se aumentan nuestros méritos.

El trabajo del hombre no ha de ser como el de una máquina o el de una bestia; es el trabajo de un hijo de Dios que ha de ir informado del espíritu de obediencia y amor filial que contiene dicho ofrecimiento.

Cristianos hay que lo renuevan durante el día por medio de alguna jaculatoria, especialmente en ocasiones de contrariedad o sufrimiento.

5.º Además, imprime en el alma "carácter" indeleble (como si dijéramos el sello o marca de Dios) que no se borra jamás.

Aunque el cristiano reniegue de la fe y se condene, eternamente le acompañará el carácter del Bautismo, para su mayor ignominia y remordimiento.

Así como al cristiano fiel le acompañará en su gloria y le hará bendecir a Dios eternamente por la gracia del Santo Bautismo.

6.º Finalmente, el bautizado queda constituido hijo de la **Iglesia Católica,** fuera de la cual no hay salvación.

En ella encuentra el cristiano la **verdad,** en la doctrina revelada por el mismo Dios, y el camino seguro para la única y verdadera felicidad, que está para siempre en los mandamientos de su santa ley.

Doctrina de verdad que hemos de estudiar y vivir para que no siga dándose el caso tan frecuente y bochornoso de cristianos que ignoran la doctrina de la Religión que profesan; y lo más lamentable todavía

de los que, habiéndola aprendido, viven como si no la supiesen.

El camino de la felicidad, que no hay que buscar en las cosas que pasan, sino en lo que es para siempre.

La Iglesia, como madre solícita y cariñosa, para conducirnos como de la mano hasta la eterna felicidad, nos hace renacer por el Bautismo a una vida nueva, sobrenatural, cristiana.

Nos purifica en la penitencia (que es como la segunda tabla de salvación).

Alimenta nuestra alma en la Eucaristía, para que abundemos en espíritu cristiano.

Nos guía con su luz por el camino de la verdad (para eso pide cada día: "Envíanos, Señor, tu luz y tu verdad").

Nos asiste al fin de esta vida con los últimos sacramentos; y últimamente recomienda nuestra alma ante el Tribunal de Dios con oraciones emocionantes que demuestran el sumo interés que la Santa Iglesia pone en esta recomendación para que Dios Misericordioso reciba en su gloria a las almas de sus hijos.

¿Será mucho, pues, pedir a los cristianos que amen a tal madre?

¡Oh cristiano, ama, venera y honra a tu madre la Santa Iglesia Católica y gloríate sobre todo de ser **Católico, Apostólico, Romano!**

Título nobilísimo que has de honrar en todas partes: en tu hogar, conservando en él con sumo aprecio las costumbres cristianas; en la vida de sociedad, con justicia, y (en todos los tratos) caridad con todos y es-

pecialmente con los pobres, y pureza de costumbres; haciendo honor siempre a tu fe, sin que haya respeto humano alguno capaz de arrastrarte por los derroteros del mundo.

Date cuenta, ¡oh, cristiano!, de tu altísima dignidad y pórtate siempre de manera que los enemigos no tengan nada que echarte en cara.

Después de considerar los admirables efectos del Bautismo, a nadie extrañará que San Luis, Rey de Francia, preguntado cierto día por uno de sus generales qué día juzgaba y tenía por el más grande y dichoso de su vida, contestase que aquel en que recibió el Santo Bautismo.

¿Tengo yo tanto aprecio de la dignidad de cristiano como este Santo Rey?

¿He ido alguna vez a dar gracias a Dios, a la iglesia donde fui bautizado, renovando las promesas del Bautismo y besando con agradecimiento la pila donde recibí el carácter de cristiano?

CAPITULO II

RENOVACION DE LAS PROMESAS DEL BAUTISMO: SER CRISTIANO DE ESPIRITU Y VERDAD.

El don de sí mismo a Dios.

Darse sin reserva.

Fundamento de este deber: la creación.

Tres razones: El Bautismo, la Providencia y la Misericordia de Dios.

RENOVACION DE LAS PROMESAS DEL BAUTISMO

En cuanto el cristiano llega al uso de razón tiene el deber de renovar las promesas del Bautismo.

EL DON DE SI MISMO A DIOS

Lo que un día prometieron allá junto a la pila sus padrinos, ahora él mismo, instruido ya y sabiendo bien lo que hace, debe ofrendar el don de sí mismo a Dios.

Por eso suele acompañar a la primera Comunión de los niños la renovación de dichas promesas, recitando la fórmula: "Yo, N.N., renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras y me entrego a Jesucristo para siempre. Amén."

DARSE SIN RESERVA

Esta entrega que hacemos a Dios ha de ser **sin reserva**, porque El así lo merece y lo manda en el primero y principal de todos los mandamientos, diciendo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas."

Y como **amar** es **darse**: amar como el Señor pide es darse totalmente.

Dios nos amó y se nos dió. Luego si Dios, siendo Amor infinito, se nos da, nosotros, que somos tan poca cosa, ¿pondremos límites a nuestra donación?

De aquí deduce San Bernardo que la medida única de amar a Dios es amarle sin medida.

El amor infinito que Dios nos tiene merecería en buena correspondencia otro amor infinito; pues ya que no podemos corresponderle de esta manera, démosle a lo menos lo que somos y podemos, sin poner en ello límite: Démonos sin reserva.

FUNDAMENTO DE ESTE DEBER

Debo darme a Dios totalmente, porque soy de Dios; le pertenezco y, por consiguiente, debo vivir para El.

Soy de Dios **por creación**: dándome el ser que tengo, me sacó de la nada; me ha preferido a infinidad de criaturas posibles que no existirán jamás.

Podía haberme hecho un mineral o bien una planta, o una de tantas criaturas irracionales, pero su amor de predilección no quiso tal, sino que me formó criatura racional, capaz de conocerle, amarle, servirle y poseerle por toda una eternidad.

Y al dotarme de inteligencia y voluntad, quiere que le adore, le ame y le sirva en nombre de todas las criaturas que no le pueden conocer ni amar.

Esto que Dios ha hecho conmigo es lo que me obli-

ga a servirle con amor de dependencia, de agradecimiento y de generosidad: **a darme a El sin reserva.**

TRES RAZONES MAS

A la razón fundamental expuesta, para darnos a Dios sin reserva, debemos añadir otras tres; conviene, a saber: La Redención aplicada a nuestra alma en el Santo Bautismo, la Providencia especial de Dios y la Misericordia que ha tenido para con nosotros.

1.ª Dios vino a redimir al mundo para salvarnos, y apenas nacimos, cuando salió a nuestro encuentro con su gracia, nos purificó en el Bautismo y quedamos incorporados a su Iglesia Santa.

Con esta gracia nos ha preferido a tantísimos infieles que, por desconocer al verdadero Dios y estar privados del Bautismo, se hallan en gran peligro de perderse para siempre.

Además, haciendo que naciésemos en el seno de la Iglesia Católica, nos demuestra su predilección, pues muchos herejes se salvarían si hubieran tenido como nosotros la dicha de nacer de padres católicos.

Los dones sobrenaturales que los infieles desconocen y los herejes no poseen, Dios, adelantándose a nuestros deseos, nos los concedió con munificencia, esperando que a su tiempo darían frutos de amor y de gloria.

Estos frutos obtendrá de nuestras almas si nos damos a El completamente.

Sin esta adoración somos infieles a Dios y a su gra-

cia.

2.ª **La Providencia especial de Dios sobre nosotros.** Mientras hay familias católicas que han perdido su espíritu cristiano y casi su fe, Dios nos ha procurado padres católicos prácticos que, educándonos cristianamente, nos apartaron de los peligros del mundo, nos dieron buenos ejemplos y nos llevaron de la mano por el camino de Dios.

O tal vez, puestos en los peligros de una familia mundana donde se apreciaba o vivía muy poco la fe, Dios vino a buscarnos amorosamente con su luz y su verdad.

Nos desengañó de la vanidad del mundo; puso en nuestra alma nobles deseos de cosas mejores y luego vino a saciar tales deseos con su gracia y con su amor.

¡Qué de almas hay así que son como hermosa flor de espino! Dios las tiene particular amor y hace de ellas, si son fieles, obras maestras de su gracia.

¡Cuánto obliga tanta Providencia a darse a Dios sin reserva!

3.ª **La Misericordia que Dios ha tenido con nosotros.**

Si Dios, para sólido fundamento de humildad en el alma del cristiano, ha permitido sus caídas y extravíos, luego ha venido como Buen Pastor, lleno de amor misericordioso, a buscar la oveja descarriada y colmarla de sus gracias y misericordias.

Al ver, pues, la gran paciencia del Señor en sufrirnos y esperarnos, y su paternal misericordia en recibirnos; sabiendo además con qué ansia deseaba que

llegase el momento de abrazarnos y estrecharnos contra su corazón, como al hijo pródigo; ¿quién resistirá a darse entera y confiadamente a tal Padre?

Para conseguirlo, cuando el Señor nos veía tan lejos de El, ¡cuántas veces nos llamaba con fuertes remordimientos!; ya haciéndonos ver los graves peligros de aquellos extraviados derroteros; ora mezclando amarguras y desengaños con las vanas ilusiones del mundo que tan ciegamente seguíamos; o bien persiguiéndonos amorosamente con los impulsos de su gracia en medio de las mismas diversiones, empujándonos a dejar todo aquello que no podía saciar los deseos de nuestro corazón!

Si consideramos, pues, atentamente la conducta del Señor para con nosotros, nos veremos obligados a reconocer como el Apóstol San Pablo: "Es pura misericordia de Dios que no somos ya condenados."

¡Cuántos hay en el infierno por menos pecados que nosotros!

Habiéndonos librado el Señor de tal pena por pura misericordia suya, ¿no corresponderemos con digna generosidad?

Si Dios, por gracia, concediera nuevo tiempo y libertad a algunos condenados, ¿cómo corresponderían a tal misericordia?

¡Qué aprecio no harían del tiempo y de la gracia!

¡Cuán generosamente no se darían a Dios ardiendo en amor de agradecimiento!

Pues lo que ellos no tienen ni pueden esperar, tenemos nosotros por especial misericordia de Dios. ¿Y no nos daremos enteramente a El?

CAPITULO III

OTROS TRES ESTIMULOS PARA DARNOS A DIOS SIN RESERVA.

1.º Seguridad moral de la salvación.

2.º Vida feliz en medio de las miserias de esta vida.

3.º Muerte dichosa llena de paz y confianza.

OTRES TRES ESTIMULOS PARA DARNOS A DIOS SIN RESERVA

1.º Las almas que se dan a Dios sin reserva tienen seguridad moral de su salvación.

Dios, que desea ardientemente la salvación de todos sus redimidos y que hace un llamamiento universal sin distinción alguna, diciendo: "Venid a Mí todos", solamente asegura la salvación a los que perseveraren hasta el fin.

"El que perseverare hasta el fin, éste se salvará."

Ahora bien, los que se dan a Dios totalmente procuran lo primero vivir siempre en su gracia; buscan cómo agradarle en todo, y prefieren su amistad a todas las cosas del mundo.

Esta disposición de su voluntad les lleva dichosamente no sólo a evitar todo pecado grave, sino también cualquier falta voluntaria, siendo de esta manera tan fieles a la gracia, que les viene a asegurar la perseverancia final.

Pero si falta dicha disposición de ser **fieles a todo** lo que Dios quiera, se malogran muchas gracias; se multiplican las faltas pequeñas, con lo que va decayendo

cada vez más el espíritu, hasta llegar a la tibieza espiritual.

Y de este modo, por no hacer caso de las cosas pequeñas, se viene a caer en las grandes; y se empieza a ir cayendo y levantando, hasta perder la sensibilidad espiritual y el remordimiento, con gran peligro de llegar a caer para siempre.

Por lo mismo nos avisa el Señor, diciendo: "El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá en las grandes."

Y a los que han llegado a la tibieza les dice con severidad: "Ojalá fueras frío o caliente; mas porque eres tibio, te empezaré a arrojar de Mí."

Y añade en otra parte esta temible amenaza: "Tengo contra ti que has dejado el primer fervor; (si no te enmiendas) vendré a ti y echaré por tierra tu candelero."

Esta frase bíblica significa la reprobación.

Por todo lo dicho se ve claramente que, fuera de este camino de total entrega a Dios, hay gran peligro.

En cambio, asida el alma a la mano de Dios por el seguimiento fiel de su voluntad, va segura entre los peligros, pues Dios mismo la guía, la conforta, la libra de caer y la glorifica.

Este es el camino que da seguridad moral de la salvación. ¿Quién no lo preferirá?

2.º Los que se dan a Dios sin reserva logran siempre una vida feliz.

El cristiano que se ha entregado completamente al servicio de Dios (en su estado, sea el que fuere), tiene en su interior profunda paz y sosiego, aunque a las veces parezca otra cosa a los ojos del mundo. Esta envidiable paz reina en su alma:

a) Porque está libre de luchas interiores; ya que siendo generoso con Dios, no le niega cosa alguna, al paso que desecha con desprecio todos los halagos del mundo.

Al contrario, los que tienen dividido su corazón entre Dios y las criaturas, están de ordinario agitados de inquietudes y turbaciones; porque en ellos están en continua lucha la naturaleza y la gracia, Dios y las criaturas, pretendiendo cada cual para sí su corazón.

¿Y qué paz puede haber en tan porfiada guerra?

b) Porque de ordinario no le inquietan ni molestan sus pasiones, por haberle concedido el Señor, en premio de su vigilancia y vencimiento, especial dominio sobre ellas; y si alguna vez se levantan contra el espíritu, es para ejercicio y prueba de su virtud, para darle ocasión de vencerlas y aumentar el mérito.

En cambio, en los corazones que tan sólo se dan a medias suele estar de asiento alguna pasión dominante, desordenada, que impide entregarse a Dios totalmente.

Y una pasión no reprimida (combatida), ¡qué de tempestades no levanta para salir siempre con la su-

ya, y cuando lo lo puede conseguir, ¡qué malhumor invade a la pobre alma inmortificada!

c) Porque se halla libre de remordimientos de conciencia; antes ésta le asegura que no quiere ni busca otra cosa que agradar a su Dios.

No así el alma de corazón dividido, pues resistiendo a Dios y a los impulsos de su gracia, se ve llena de remordimientos; aunque a veces los sofoque y se distraiga para no salir de tal camino.

¿Puede tener paz y tranquilidad cuando hace resistencia a su Dios?

d) Como esta alma es generosa con Dios, El no se deja vencer en generosidad, y así le colma de su gracia y de la paz que vino a traer a las almas de buena voluntad.

Con esta paz tal alma nada del mundo desea; a nadie del mundo envidia; sólo ansía de veras imitar a los que han sabido amar y agradar más a su Dios.

En premio de esta disposición, el Señor le aviva más y más su fe, que le hace entender cada vez mejor las cosas del espíritu y apreciarlas sobre todo lo demás.

Aumenta su esperanza en la Providencia paternal de Dios, de suerte que el alma descansa tranquilamente en ella como el pequeñuelo en el regazo de su madre.

Y el amor de Dios llega a informar de tal manera su vida, que puede decirse con verdad que esa dichosa alma ha empezado ya de algún modo a vivir la vida que ha de continuar después por toda la eternidad.

¡Cuán diferente es lo que le ocurre al cristiano que se da a medias! Porque Dios se complace en derramar el cáliz de amarguras sobre los mayores placeres y gustos de esta alma ingrata y desleal, precisamente para que no se pierda, como declaró un día el Señor a Santa Gema Galgani, diciéndole: " ¡Cuántas almas se me hubieran escapado si yo no las hubiera cercado de espinas!"

Y además, porque sirviendo a Dios a medias, ni logra los consuelos del mundo ni los de Dios. No tiene éstos, porque la disipación de la misma alma lo impide; y no disfruta de los del mundo, porque aunque se entregue a ellos con loco afán, los remordimientos de su conciencia no la dejan en paz, no le permiten gozarlos; y así se halla por todos lados, infeliz y desgraciada; viéndose confirmada la verdad de que "los que se dan a Dios a medias son los que peor lo pasan".

3.º Los que se dan a Dios sin reserva son los que mueren dichosa y sosegadamente.

Dice San Agustín que entre los cristianos que tienen dividido su corazón y los que lo tienen entregado a Dios enteramente, hay esta diferencia: que los imperfectos aman mucho esta vida, tienen pegado el corazón a las cosas de la tierra y miran con horror la muerte; y al contrario, los entregados a Dios, desprendido su corazón de las cosas del mundo, pasan con paciencia la vida y reciben con alegría la muerte.

¿De dónde proviene el que muchos cristianos mi-

ren la muerte no sólo con miedo, sino hasta con horror?

¡Qué de apuros no pasan los que han de avisar a un enfermo que se prepare para morir!. "Dispón tus cosas, pues vas a morir." Se va con mucho tiento y precaución; se buscan rodeos y hasta se va dilatando el aviso; parece que nadie se atreve; y cuando al fin alguien se decide a dar el aviso al enfermo, apenas empieza a hablarle de esto, cuando se sobresalta, se asusta y, a veces, se desazona de tal manera, que por el miedo de morir tan pronto, se muere mucho antes.

Con razón dice San Gregorio Magno que los que aquí no aman ni tratan a Dios como a Padre, sino que le menospreciaron y ofendieron, temen y se horrorizan de verle como juez en la hora de la muerte.

No así las almas entregadas a Dios completamente, pues como añade el mismo Santo Doctor: "El que está seguro de su esperanza y conducta, se alegra cuando le avisan que va a morir; recibe al Divino Juez sin miedo y se regocija del premio que espera en la gloria." Como estas almas no aman sino a Dios y a todas las cosas en El, y no desean otra cosa que agradarle ahora en todo y poseerle después para siempre, cuando llega a sus puertas la muerte, no se asustan, ni resisten lo más mínimo a abrirle, pues saben que viene a sacarlas del destierro y de la cárcel en que el alma está metida, y por ello se alegran, como San Luis Gonzaga, que dijo: "Me alegro en lo que se me ha dicho, me voy a la mansión de mi Dios."

Les parece oír ya las palabras de Jesús, que les di-

ce: "Animo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor."

Confirma esto lo que dijo un gran siervo de Dios poco antes de expirar: "No pensaba yo que era tan suave y dulce el morir."

Al considerar esto brota espontáneamente la exclamación del Profeta: "Logre y consiga mi alma la muerte de los Santos, y sea semejante al suyo el fin de mis días."

¿Quieres verte libre de miedo en la hora de la muerte...? Date del todo a Dios ahora en tu vida.

Si procuras ser todo de Dios en la vida, El será todo tuyo en la muerte. En aquella hora, ¿qué no quisieras haber hecho y sufrido por Dios?

Seamos, pues, ahora consecuentes y será nuestra muerte tranquila y dichosa.

El placer de morir sin pena bien vale la pena de vivir sin placer.

CAPITULO IV

FUNDAMENTO DEL IDEAL CRISTIANO: EL SANTO TEMOR DE DIOS, PUES EN ELLO VA MI ETERNIDAD.

Moderno ataque de los enemigos de la Iglesia.

Necesidad del santo temor de Dios.

Nuestro destino es eterno.

¿Qué es la eternidad?

¿Es igual para todos?

FUNDAMENTO DEL IDEAL CRISTIANO:

EL SANTO TEMOR DE DIOS

Moderno ataque de los enemigos de la Iglesia

Uno de los ataques de los modernos enemigos contra nuestra santa Religión consiste en afirmar que la Iglesia Católica forma a las almas en espíritu de temor y de egoísmo; queriendo sacar de ahí la consecuencia de que la Religión cuyo espíritu es egoísno no puede ser la Religión verdadera, santa y divina.

Este ataque del enemigo, que recogemos con especial interés, demuestra la urgente necesidad de que todos los cristianos (mediten), conozcan y vivan el espíritu de la Iglesia, que ha de constituir todo su ideal: el ideal del cristianismo.

Puesto que los enemigos hacen tal afirmación, no como efecto del estudio de la doctrina católica (que casi todos ellos ignoran), sino apoyándose únicamente en la conducta de muchos cristianos.

Pues ocurre, por desgracia, que observando a los cristianos de hoy ven que muchos llevan casi la misma vida que los mundanos sin fe (cuyo ideal es gozar y

divertirse): siguen sus costumbres, modas y diversiones paganas, a pesar de reconocer que en ello hay desorden, que cae dentro de las prohibiciones de Dios.

Desprecían la santa ley, escandalizan a los mismos mundanos y luego van a pedir a Dios que les perdone (por puro temor servil, y lo que es peor, sin propósito de enmienda).

Otros cristianos más temerosos y menos temerarios se apartan con pena de ciertas diversiones y placeres, lamentando que estén prohibidos por la ley de Dios. Y cuando los del mundo les preguntan por qué se privan de tales diversiones, suelen contestar: "¡Si no fuera por el infierno!"

Ven esto los enemigos y se convencen de que los cristianos proceden sólo por miedo: "Si no fuera por el infierno." Y sacan la consecuencia de que la Iglesia Católica forma a las almas en puro egoísmo espiritual.

Claramente se ve aquí el error de los enemigos, que consiste en achacar a la doctrina de la Iglesia santa lo que es precisamente falta de espíritu cristiano: falta de formación, según la doctrina católica; en una palabra, falta de ideal cristiano en esos modernos hijos pródigos que prescinden del Evangelio, desacreditan la Religión y contristan hondamente a su madre la Iglesia.

Veamos, pues, cómo forma la Iglesia Católica a sus hijos, y, en consecuencia, cuál debe ser el ideal de todo cristiano de espíritu y verdad.

NECESIDAD DEL SANTO TEMOR DE DIOS

La Iglesia Católica pone como fundamento de la formación cristiana el santo temor de Dios; "el principio de la sabiduría (formación, perfección cristiana) es el temor de Dios. Y sobre tal fundamento imprescindible edifica nuestra formación, enseñándonos a llamar a Dios Padre (que lo es en verdad) y a servirle con espíritu filial de amor y confianza."

Pues no es el temor lo que ha de informar la vida del cristiano, sino el amor, como veremos más adelante; pero sí es el temor el fundamento necesario. Y cuanto más firme se coloque este fundamento, tanto más seguro se levantará el edificio de nuestra formación cristiana.

Por eso aconsejaba el Apóstol San Pablo: "Con temor y temblor obrad vuestra salvación."

Y San Agustín, después de pedir: "Señor, que me conozca y que te conozca", añade: "Téngate santo temor para que esté entre tus elegidos", y termina el Santo diciendo: "Mírame para que te ame y llámame para que te goce eternamente."

Ya que con el santo temor de Dios se ha de cimentar nuestra formación, veamos la verdad fundamental

que, como faro, debe iluminar nuestro camino, haciéndonos ver cuánto nos importa ajustar nuestra vida al ideal cristiano.

NUESTRO DESTINO ES ETERNO

Nuestro destino es la eternidad. Esta vida que ahora vivimos no es la vida, sino preparación para la verdadera vida, que es eterna.

Nuestra alma, creada por Dios, es espiritual y, por consiguiente, no puede morir: vivirá siempre.

Somos, pues, criaturas con destino eterno. Esto es verdad de fe, y el cristiano ha de estar bien persuadido de que le espera después de la muerte otra vida que es eterna.

Pero aunque no nos lo enseñara nuestra santa fe, que no nos puede engañar, bastaría la razón natural para demostrar que nuestra alma es espiritual y, por consiguiente, inmortal.

Que nuestra alma es espiritual se prueba claramente, por cuanto produce efectos espirituales, y el efecto no puede ser superior a la causa.

Veámoslo. El pensamiento es una operación espiritual, o sea, intrínsecamente independiente de la materia; luego el principio que lo produce y en el cual está el pensamiento, es menester que sea también espiritual, de lo contrario el efecto (que es el pensamiento) sería superior a la causa si ésta fuese material.

La materia no puede pensar; no puede producir efectos espirituales; en mí hay pensamientos, luego en

mí hay algo que no es materia, que necesariamente ha de ser espíritu.

Ese **algo** que piensa y que no es materia es mi espíritu, que se llama alma; mi alma espiritual.

Ahora bien, siendo mi alma espiritual, es también inmortal; porque el espíritu no tiene partes, y no componiéndose de partes, no puede descomponerse; no puede morir.

Luego mi alma es inmortal: su destino es vivir eternamente.

Y ¿QUE ES LA ETERNIDAD?

La eternidad es la posesión **simultánea,** porque allí no hay sucesión de momentos; es, por decirlo así, un momento que no pasa nunca; que dura siempre; un momento eterno.

Pero un momento en el que se posee perfectamente toda la eternidad.

Así como una grande esfera apoyada sobre un plano le toca solamente en un punto, y en ese punto descansa el peso de toda la esfera; de igual manera podemos imaginar que la eternidad, al recibir a nuestra alma y tocarla, por decirlo así, en el momento de entrar allí le da la posesión completa de **toda ella,** sin que haya luego aumento ni disminución; ni esperanza de mejorar (si es desgraciada), ni fastidio de poseer, ni temor de perder (si es feliz).

Y decimos **interminable** porque esa vida, por lo mismo que es eterna, no tendrá fin.

Siempre más, siempre más. ¡Oh eternidad!, ¡eternidad!, ¡para siempre jamás!

¡Cuán despreciables son las cosas de esta vida comparadas con la eternidad que nos espera!

Y es que la luz de la eternidad nos hace ver las cosas tal como son, sin ilusiones engañosas.

¡Y cuán terrible será entonces, a la luz de la verdad, reconocer con espanto que anduvieron errados los que aquí no dieron importancia a la eternidad!

¿ES IGUAL PARA TODOS LA ETERNIDAD?

La fe nos dice que la eternidad no es igual para todos, sino que Dios dará a cada uno **según** sus **obras.**

Por consiguiente, hay eternidad **feliz** para los que obran bien, y e eternidad **desgraciada** para los que obran mal.

Basta la razón natural para ver claramente que Dios no sería justo si diera la misma recompensa al que ha sido bueno, fiel y perseverante hasta el fin, que al que ha sido malo, rebelde y contumaz en su maldad hasta la muerte.

La razón reclama premio para el bueno y castigo para el malo.

Por lo mismo, aunque veamos con harta frecuencia que en esta vida triunfa el vicio, y hasta es glorificado, y la virtud es despreciada, calumniada y perseguida... sepamos que Dios es paciente porque es Eterno, y espera a cada uno mientras dura el tiempo de su vida (y seguiría esperando si le quedara más tiempo).

Pero en llegando la muerte se acabó el tiempo de preparación del alma, y entonces la paciencia y misericordia de Dios dejan su lugar a la estricta justicia.

Y dirá el Señor a los que malgastaron su tiempo miserablemente: "Id, malditos, al fuego eterno."

Y, en cambio, los siervos fieles que fueron aquí despreciados, calumniados y perseguidos, oirán que les dice amorosamente: "Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio."